

CONFERENCIA DE NOAM CHOMSKY

Estoy deleitado de tener el privilegio de abrir la serie de conferencias Maryse Mikhail. Quisiera poder hacerlo sobre una nota festiva, pero no sería realista. Tal vez sea más realista que me adhiera a la célebre máxima de que debiéramos esforzarnos por alcanzar el pesimismo del intelecto pero el optimismo de la voluntad.

Respecto al tópico, antes de entrar en el tema, permítanme que haga algunos comentarios preliminares. El primero simplemente plagia la cubierta del anuncio: La paz es preferible a la guerra. Pero no es un valor absoluto. Y por ello siempre preguntamos, “¿qué clase de paz?” Si Hitler hubiera conquistado el mundo, habría paz, pero no el tipo de paz que deseamos.

El segundo comentario es que este tema en particular tiene muchas dimensiones. Las perspectivas de paz en el Oriente Próximo. Hay varias áreas de continua y seria violencia –tres en particular, a las que me voy a referir. Una es Israel y Palestina. La segunda es Irak –tanto las sanciones como los bombardeos. La tercera es Turquía y los kurdos; esta es una de las atrocidades más severas contra los derechos humanos de los años 90, y en realidad continúa. Y hay muchos otros temas. Existe también el tema del lugar de Irán dentro de la región. Y por doquier, casi sin excepción, hay represión severa, abusos contra los derechos humanos, tortura y otros horrores. Así que el tema de la paz en el Medio Oriente tiene muchas dimensiones.

El tercer y último comentario es que el papel de EE.UU. es importante en todos estos casos y a menudo decisivo –en realidad, determinante en los cuatro casos específicos que mencioné. Más aun, por importante que pueda ser como factor, debiera estar en el centro de nuestras preocupaciones por razones perfectamente obvias: es el único factor que podemos influenciar directamente. Los otros podemos deplorarlos, pero no podemos hacer gran cosa al respecto. Es un hecho que salta a la vista o debiera hacerlo. Pero es importante subrayarlo, porque es casi universalmente negado. La doctrina prevaleciente es que debiéramos concentrarnos como un láser sobre los crímenes de los demás y lamentarlos, y que debiéramos ignorar o negar los nuestros. O, para ser más exactos, debiéramos estructurar la forma en que vemos las cosas, de manera que rechacemos la posibilidad de mirar

al espejo –que adaptemos el discurso de manera que el tema de nuestras propias responsabilidades llegue a presentarse o, para ser aún más exactos, pueda presentarse solo en un sentido –es decir, en relación con cómo debiéramos reaccionar ante los crímenes de otros. Así, por ejemplo, ya hay una cantidad inmensa de literatura –en los dos últimos años se ha convertido en un alud– tanto popular como erudita, sobre lo que llaman “los dilemas de la intervención humanitaria” cuando otros son culpables de crímenes, como lo son a menudo. Pero se encontrará apenas una palabra sobre otro tema, un aspecto mucho más importante –los dilemas de la renuncia a participar en atrocidades mayores. En la realidad, no hay dilemas, pero ésa es la ventana que tiene que ser mantenida firmemente cerrada o podría ser que nos confrontaran algunas visiones desagradables que no se supone que veamos.

Cómo exactamente se logra la evasión de los temas centrales es un aspecto interesante e importante sobre el que hay mucho que decir, pero voy a dejarlo a un lado a regañadientes y me voy a concentrar en los casos especiales que nos preocupan aquí, dejando solo una advertencia como telón de fondo. Debiera agregar que esta postura vergonzosa no constituye una novedad –en realidad, es una clase de actitud cultural universal. Pienso que habría que buscar mucho para encontrar un caso en la historia, o en la actualidad en otras partes, en el que no domine el mismo tema. No es una característica atractiva del *homo sapiens*, pero es muy real.

Analícemos los casos que aquí nos convocan. Comencemos con Irak. La única pregunta sería sobre las sanciones es si constituyen simplemente terribles crímenes o si son literalmente genocidas, como acusan aquellos que tienen un conocimiento más íntimo de la situación, en particular, el coordinador de los programas de las Naciones Unidas, Denis Halliday, un funcionario altamente respetado de la ONU, que renunció en protesta por estar siendo obligado a realizar lo que llamó “actos genocidas”, tal como lo hizo su sucesor Hans von Sponeck. Todas las partes están de acuerdo en que el efecto de las sanciones ha sido fortalecer a Saddam Hussein y devastar a la población –y debemos continuar, a pesar de saberlo. No hay desacuerdos serios en cuanto a que ésas son las consecuencias.

Se presentan justificaciones y ellas merecen una atención cuidadosa –nos dicen mucho sobre nosotros mismos, pienso. La línea de argumentación más simple para justificar las sanciones fue presentada por la Secretaria de Estado, Madeleine Albright. Estoy seguro de que ustedes recordarán que se le preguntó hace un par de años en la televisión nacional cómo se sentía por haber asesinado a medio millón de niños iraquíes. No negó la imputación en sí. Aceptó que era, como dijo, “un precio elevado”, pero dijo que “pensamos que vale la pena”. Ése fue el final de la discusión. Ése es el hecho que importa y es muy instructivo ver la reacción. El comentario es de ella; la reacción es nuestra. Considerando la reacción, aprendemos a conocernos.

La segunda justificación es la presentada habitualmente y dice que en realidad es culpa de Saddam Hussein. La lógica es intrigante: supongamos que la afirmación es que es culpa de Saddam Hussein. La conclusión que se saca de ahí es que por ello

tenemos que ayudarlo a devastar a la población civil y reforzar su propio régimen. Nótese que la consecuencia lógica es que es su culpa, pero tenemos que seguir ayudando.

El tercer argumento que se presenta, que por lo menos tiene el mérito de la verdad, es que Saddam Hussein es un monstruo. En realidad, si uno escucha a Tony Blair, Bill Clinton, Madeleine Albright o a casi cualquiera que opina sobre el tema, comprobará que justifican repetidamente las sanciones diciendo que ese hombre es un monstruo tal que no podemos permitir que sobreviva. Incluso cometió la atrocidad suprema: utilizar armas de destrucción masiva contra su propio pueblo, como fue el horrendo empleo de gas contra los kurdos. Todo esto es cierto, pero hay tres palabras ausentes. Es cierto que cometió la atrocidad suprema –usar gases tóxicos y armas químicas contra su propia población– CON NUESTRO APOYO. En realidad nuestro apoyo continuó, mientras siguió siendo nuestro amigo y socio comercial preferido –independientemente de esas atrocidades que evidentemente no nos importaban, como lo demuestra nuestra reacción; el apoyo continuó y en realidad aumentó. Un experimento interesante que se puede intentar es ver si se puede encontrar algún sitio dentro de la discusión convencional, en la que se agreguen esas tres palabras. Lo dejaré como un experimento para que lo haga el lector; y es esclarecedor. Le puedo dar la respuesta de inmediato: no lo encontrará. Y eso también nos dice algo sobre nosotros mismos y también sobre el argumento.

A propósito, lo mismo vale para sus armas de destrucción masiva. Normalmente se pretende que no podemos permitir que sobreviva por el peligro que representan las armas de destrucción masiva que probablemente está creando, todo lo cual es correcto, con la excepción de que también fue correcto en la época en la que le estábamos suministrando a sabiendas los medios para desarrollar esas armas de destrucción masiva, en momentos en que constituía una amenaza mucho mayor de lo que representa en la actualidad. Así que eso arroja algunas dudas sobre ese argumento.

El cuarto argumento es que Saddam Hussein es una amenaza para los países de la región. No cabe duda de que es una amenaza seria para todos los que están a su alcance, tal como lo fue cuando estaba cometiendo los peores crímenes con el apoyo y la participación de EE.UU. Pero el hecho es que su alcance ahora es mucho menor de lo que era, y la actitud de los países en la región frente al bombardeo de EE.UU., por ejemplo, revela más claramente lo que piensan de este argumento.

Y así se acaban los argumentos que se nos han dado. Pero esos argumentos involucran que debemos continuar torturando a la población y fortaleciendo a Saddam Hussein, imponiendo sanciones muy duras. Todo lo cual, a mi juicio, presenta dos tareas a un ciudadano honesto: una es hacer algo al respecto –recuerden que se trata de nosotros, así que podemos. La segunda es intelectual: tratar de comprender cuáles son los motivos reales, ya que es imposible que sean los que se nos presentan; no tienen sentido.

Aparte de eso, no quiero restarle importancia a la amenaza. Hay razones muy serias para estar preocupado por la amenaza que representan Irak y Saddam Hussein. Hubo razones aún mayores durante el período en el que estábamos ayudando a edificar esa amenaza—pero eso no cambia el hecho de que hay razones en la actualidad. Y, de manera más general, hay razones para estar preocupados por la amenaza de extrema violencia y devastación en la región. Y no es solo mi opinión; es subrayada, por ejemplo, por el general Lee Butler, quien fue el jefe del Comando Estratégico bajo Clinton. Es la principal agencia militar que se preocupa de la estrategia nuclear y del uso de armas nucleares. El general Butler dijo:

“Es peligroso en extremo que en el caldero de animosidades que llamamos el Oriente Próximo, una nación se haya armado ostensiblemente, con arsenales de armas nucleares, tal vez cientos, y que inspire a otras naciones a hacerlo”.

... O a desarrollar otras armas de destrucción masiva como una fuerza de disuasión—lo que contiene una obvia amenaza cuyas consecuencias no presagian nada bueno. Y cabe poca duda de que el general Butler tiene razón en lo que dice. En realidad, la amenaza se hace aún peor si agregamos algo más: que la superpotencia que patrocina a esa nación exige que sea considerada como “irracional y vindicativa” y dispuesta a recurrir a extrema violencia si es provocada—incluyendo el uso de armas nucleares contra estados no-nucleares. Estoy citando documentos de planificación de alto nivel de la administración Clinton, planes que fueron luego implementados por instrucciones presidenciales. Todo esto está en documentos públicos, si alguien quiere aprender algo sobre nosotros y saber por qué gran parte del mundo está aterrorizada por nosotros.

En realidad, en el mundo se comprende—y los analistas estratégicos aquí también lo comprenden y escriben al respecto—que otros se ven naturalmente movidos a responder con armas de destrucción masiva propias como una forma de disuasión. Hay posibilidades reconocidas por la inteligencia de EE.UU. y por los analistas estratégicos de EE.UU.—y que son bastante obvias. También ellos reconocen—y no es un secreto—que la amenaza a la supervivencia humana se ve reforzada por programas que actualmente se encuentran en acción. Por ejemplo, el desarrollo de la Defensa Nacional de Misiles, que es considerada por casi todos los países del mundo como un arma de ataque preventivo, lo que es bastante realista. Por ello, los adversarios potenciales presumiblemente responderán desarrollando contra ella un arma de disuasión de uno u otro tipo, lo que tanto la inteligencia como los estrategas de EE.UU. consideran bastante probable. Esto plantea interrogantes sobre el motivo por el cual insistimos en mantener una política que presenta la amenaza de destruirnos a nosotros, así como a otros. He aquí otra pregunta que uno podría formularse.

Volviendo al Oriente Próximo: éste representa probablemente el principal peligro al respecto—no el único, pero por cierto ocupa uno de los primeros lugares en la lista.

Vale la pena mencionar que en 1990 y en 1991, en vísperas de la Guerra del Golfo, se presentaron estos problemas; fueron presentados por Irak. Varios días antes de que comenzara la Guerra del Golfo, Irak ofreció una vez más –según parece había hecho varias ofertas similares– retirarse de Kuwait, pero en el contexto de una solución de los temas estratégicos regionales, incluyendo la prohibición de las armas de destrucción masiva. Esa posición fue reconocida como “seria” y “negociable” por los expertos en el tema del Medio Oriente del Departamento de Estado. Independientemente de esto, esa era también la posición de unos dos tercios del pueblo estadounidense, según las encuestas que fueron realizadas antes de la guerra, un par de días antes.

No sabemos si esas proposiciones iraquíes eran en realidad serias y negociables como concluyeran los funcionarios del Departamento de Estado. La razón por la que no lo sabemos es porque fueron rechazadas sin más por Estados Unidos; fueron ocultadas con una eficiencia casi total por los medios, aunque hubo algunas indiscreciones por aquí y por allá. Pero han sido eliminadas efectivamente de la historia, así que no lo sabemos. Sin embargo, los temas siguen siendo de gran actualidad –tal como lo dijo el general Butler– y siguen siendo actuales, aunque hayan sido eliminados de la agenda política y de la discusión pública. Una vez más, hay aquí una opción abierta para nosotros. No estamos obligados a aceptar que se hayan eliminado.

Ahora permítanme que me ocupe del segundo tema: Turquía y los kurdos. Los kurdos han sido miserablemente oprimidos a lo largo de toda la historia del Estado turco moderno, pero las cosas cambiaron en 1984. Ese año, el gobierno turco lanzó una guerra en gran escala en el sudeste contra la población kurda. Y esa guerra aún continúa.

Consideremos la ayuda militar de EE.UU. a Turquía –lo que usualmente es un buen índice de la política. Turquía era, desde luego, un aliado estratégico, de manera que siempre ha tenido un nivel bastante elevado de ayuda militar. Pero la ayuda se disparó en 1984, cuando comenzó la guerra de contrainsurgencia. Está clarísimo que no tuvo nada que ver con la Guerra Fría, sino que se debió a la guerra de contrainsurgencia. La ayuda sigue siendo elevada, y alcanzó su nivel más alto durante los años 90, a medida que aumentaban las atrocidades. El año de su apogeo fue 1997: la ayuda militar de EE.UU. a Turquía fue mayor que en todo el período de 1950 a 1983, cuando se pretendía que había aspectos relacionados con la Guerra Fría. El resultado final fue bastante impresionante: decenas de miles asesinados, dos a tres millones de refugiados, una limpieza étnica masiva con la destrucción de unas 3.500 aldeas –unas siete veces lo que ocurrió en Kosovo durante los bombardeos de la OTAN– pero no había nadie bombardeando en este caso, fuera de las fuerzas aéreas turcas que utilizaban aviones que Clinton les envió, sabiendo exactamente que serían utilizados con ese fin.

Estados Unidos estaba suministrando aproximadamente el 80 por ciento de las armas de Turquía –y eso quiere decir armamento pesado. Ya que ustedes y yo no lo

impedimos –y éramos los únicos que podíamos hacerlo– la administración Clinton pudo enviar aviones jet, tanques, napalm, etc., utilizados para realizar algunas de las peores atrocidades de la década del 90. Y ellas continúan. Se realizan regularmente nuevas operaciones tanto en el sudeste de Turquía como a través de la frontera en el norte de Irak, atacando a los kurdos. Allí los ataques, con un sinnúmero de atrocidades, se desarrollan en la denominada “zona de no vuelo”, donde los kurdos están protegidos por los Estados Unidos del que es temporalmente el opresor equivocado. Las operaciones en el noreste de Irak son similares en carácter a las operaciones israelíes en El Líbano durante los 22 años que Israel estuvo ocupando el sur de El Líbano, violando la resolución del Consejo de Seguridad; pero lo hacía con la autorización de los Estados Unidos, así que estaba *okey*. Durante ese período asesinaron, según fuentes libanesas, a unas 45.000 personas –nadie conoce la cifra con exactitud, porque nadie cuenta las víctimas de los Estados Unidos y sus amigos. En todo caso, no es banal. Las operaciones en el norte de Irak son similares; y eso sucede en la ‘zona de no vuelo’.

Sin entrar en más detalles: ¿cómo se maneja todo esto en los Estados Unidos? Es muy simple: silencio. Se puede investigar y verlo –los llamo a que lo hagan. Ocasionalmente, alguna gente desagradable lo menciona. Y cuando eso sucede y no puede ser ignorado, hay una reacción consecuente: los defensores autodesignados de los derechos humanos deploran lo que llaman “que no protejamos a los kurdos”. En realidad “no protegemos a los kurdos” más o menos de la misma manera como los rusos “no protegen al pueblo de Chechenia”.

Otras veces se hace creer que el gobierno de EE.UU. no sabía lo que estaba ocurriendo. De manera que cuando Clinton estaba enviando una cantidad inmensa de armas a Turquía –en la práctica, Turquía se convirtió en el principal receptor de ayuda militar de EE.UU. en el mundo durante ese período– pero sus consejeros no se dieron cuenta de que esas armas iban a ser utilizadas. En circunstancias de que estaban suministrando el 80 por ciento de las armas a Turquía –aumentando la cantidad a medida que crecía la guerra– jamás se les ocurrió que esas armas iban a ser verdaderamente utilizadas para la guerra en curso, guerra que coincidía estrechamente con el flujo de armas. La gente desagradable que menciona el tema y sugiere algo distinto, carece de “matices”, observan los comentaristas sofisticados.

A veces se argumenta también que EE.UU. no podía saber lo que estaba sucediendo –en realidad el área está bastante alejada–, ¿quién sabe lo que acontece en el sudeste de Turquía? Pero sucede que es un área que está plagada de bases aéreas de EE.UU., donde ese país tiene aviones con armas nucleares y ejerce una vigilancia extremadamente estricta. ¿Pero cómo vamos a saber lo que está sucediendo allá? Desde luego nadie puede leer los informes sobre derechos humanos o muchos otros informes que describen constantemente en detalle lo que sucede. Pero ésa es la reacción.

Mencioné recién que durante ese período, Turquía se convirtió en el principal destinatario de armas estadounidenses en el mundo. Ello no es enteramente exacto:

los principales destinatarios se encuentran en una categoría distinta. Son Israel y Egipto; siempre son los principales destinatarios. Pero aparte de esos dos países, Turquía alcanzó el primer lugar durante el período de la guerra de contrainsurgencia. Por poco tiempo fue desplazado por El Salvador, que estaba en el proceso de asesinar a su propia población y ocupó el primer lugar. Pero cuando terminaron de hacerlo, Turquía lo reemplazó y llegó al primer lugar.

Continuó en ese lugar hasta 1999, año en que fue reemplazado por Colombia. Colombia tiene la peor historia de violaciones de los derechos humanos en el hemisferio, y durante los últimos diez años, cuando se cometían los peores crímenes, recibió el grueso de la ayuda y entrenamiento militar de EE.UU.: aproximadamente la mitad. A propósito, esta es una correlación que funciona de una manera muy exacta. ¿Por qué reemplazó Colombia a Turquía en 1999? Se supone que no nos damos cuenta de que en 1999 Turquía había logrado reprimir la resistencia interna y que Colombia aún no lo había conseguido. Y es un mero accidente que precisamente ése fue el año en el que aumentó el inmenso flujo de armas a Colombia, que desplazó a Turquía del primer lugar –sin considerar a los dos perennes receptores.

Todo esto es particularmente interesante por algo que todos ustedes saben: nos han inundado en los últimos dos o tres años con un torrente de autoadulación –sin precedentes en la historia, que yo sepa– sobre lo magnífico que somos, ya que por primera vez en la historia estamos dispuestos a adherir a “principios y valores” en defensa de los derechos humanos, especialmente en casos críticos. Para usar las palabras del presidente Clinton, no podemos tolerar violaciones de los derechos humanos tan cerca de las fronteras de la OTAN, y por ello tenemos que levantarnos a nuevas alturas de magnificencia para combatirlos. De nuevo falta un par de palabras. Por lo visto, no podemos tolerar violaciones de los derechos humanos cerca de las fronteras de la OTAN. No solo podemos tolerarlas, sino alentarlas y participar en ellas, DENTRO de las fronteras de la OTAN. Trate de encontrar esas palabras ausentes –no lo conseguirá y ese hecho de nuevo le dirá algo. Este es el segundo caso.

Veamos el tercer caso: Israel-Palestina. Volveré un poco a los antecedentes, pero miremos la lucha actual, lo que se llama la Intifada Al-Aqsa, y examinemos de cerca las reacciones de EE.UU. Esa es la parte que me preocupa más y la parte que debiera preocuparnos a todos.

La posición oficial de EE.UU. fue reiterada justo ayer por el embajador de EE.UU., Martín Indyk. Este dijo: “No creemos que se deba recompensar la violencia”. Esa fue una admonición severa a los palestinos, y hay muchas similares. Es fácil evaluar la validez de esa pretensión, así que evaluémosla de la manera obvia. La Intifada Al-Aqsa, la violencia que Indyk deplora, comenzó el 29 de septiembre, el día después de que Ariel Sharon, ahora Primer Ministro, fue a Haram Al-Sharif, el Monte del Templo, con unos mil soldados. Ocurrió más o menos sin incidentes, sorprendentemente. Pero al día siguiente, que era viernes, había una considerable

presencia del ejército cuando la gente abandonaba la mezquita después de las oraciones; se lanzaron algunas piedras y hubo disparos inmediatos del ejército israelí y de la Patrulla Fronteriza; el resultado: la muerte de media docena de palestinos y más de cien heridos. Eso fue el 29 de septiembre. El 1° de octubre, helicópteros militares israelíes o, para ser más preciso, helicópteros militares estadounidenses con pilotos israelíes, aumentaron fuertemente la violencia, matando a dos palestinos en Gaza. El 2 de octubre, helicópteros militares asesinaron a 10 personas en Gaza e hirieron a 35. El 3 de octubre, los helicópteros atacaron edificios de departamentos y otros objetivos civiles. Y así continuó. A principios de noviembre, los helicópteros ya eran utilizados para asesinatos políticos taxativos.

¿Y cómo reaccionó EE.UU.? Bueno, la reacción estadounidense es interesante —y se trata de nosotros, recuerden, que podemos impedirlo, si queremos hacerlo. A mediados de septiembre, antes de que comenzaran los enfrentamientos, EE.UU. envió un nuevo embarque de helicópteros de ataque técnicamente avanzados a Israel. También a mediados de septiembre hubo ejercicios conjuntos de los *marines* estadounidenses y de unidades de elite del ejército israelí —ejercicios de entrenamiento para la reconquista de los territorios ocupados. El papel de los *marines* era suministrar nuevo equipo avanzado que Israel no poseía y la capacitación en su uso y en las técnicas correspondientes. Fue a mediados de septiembre.

El 3 de octubre —el día en el que la prensa informó que helicópteros militares estaban atacando edificios de departamentos y asesinando a docenas de personas— la prensa israelí anunció, y luego la prensa internacional lo repitió, que EE.UU. e Israel habían llegado a un acuerdo —el acuerdo más grande en una década— para el envío de helicópteros militares estadounidenses a Israel. Al día siguiente, las principales publicaciones militares informaron que ese acuerdo incluía nuevos helicópteros avanzados de ataque y repuestos para helicópteros antiguos, lo que aumentaría la capacidad para atacar objetivos civiles. Al respecto, el Ministerio de Defensa israelí anunció que ellos no podían producir helicópteros, que no tenían la capacidad para ello, de manera que los tienen que obtener de EE.UU. El 19 de octubre, Amnistía Internacional publicó un informe apelando a Estados Unidos para que no enviara helicópteros a Israel bajo esas circunstancias —uno de una serie de informes de Amnistía Internacional.

Pasando al presente: el 19 de febrero, el Departamento de Defensa de este país —el Pentágono— anunció que Israel y Estados Unidos acababan de concluir otro acuerdo, un acuerdo por 500 mil millones de dólares, respecto a helicópteros avanzados de ataque *Apache*. Así llegamos al presente. Desde luego, menciono solo algunos ejemplos.

Consideremos ahora cómo se maneja todo esto. Le pedí a un amigo que preparara una base de datos al respecto. Resulta que todo esto no pasó inadvertido en la prensa libre: hubo una opinión editorial en un periódico en Raleigh, Carolina del Norte. Hasta la fecha, es toda la cobertura sobre lo que acabo de describir. Y es bastante impresionante, creo.

Ahora bien, no es que no sea conocido; por supuesto que es conocido. No hay una oficina de noticias en el país que no esté perfectamente informada al respecto. Todo el que pueda leer los informes de Amnistía Internacional lo sabe; en realidad, lo sabe todo el que quiera saberlo. Sin que venga al caso, se ha llamado específicamente la atención al respecto a los redactores de por lo menos uno de los mayores periódicos de EE.UU.

Seguramente no cabe la menor duda en ninguna oficina editorial o noticiosa de que es un tema de alto valor informativo. Pero evidentemente los que controlan la información no quieren saberlo o permitir que sus lectores lo sepan. Tienen buenas razones para no quererlo: suministrar a la población informaciones sobre lo que se está haciendo en su nombre, abriría ventanas que es mejor dejar cerradas si se quiere realizar un adoctrinamiento efectivo en el interior del país. Simplemente no funcionaría informar que helicópteros estadounidenses atacan objetivos civiles o realizan asesinatos políticos taxativos, al lado de las severas advertencias de EE.UU. a todas las partes de que se abstengan de usar la violencia.

Es una ilustración, una de muchas, de cómo nos adecuamos al principio de que no creemos en que la violencia debe ser recompensada. Nuevamente presenta dos tareas a los ciudadanos honestos; la importante: haga algo al respecto. Y la segunda: trate de descubrir por qué se realizan semejantes políticas.

Ahora bien, sobre este punto, pienso que las razones fundamentales no son verdaderamente controvertidas. Hace tiempo que se sabe que la región del Golfo posee los mayores recursos de energía del mundo. Es un recurso estratégico incomparable y una fuente de inmensa riqueza; el que controle esa región no solo tiene acceso a una riqueza enorme, sino que también tiene una influencia muy poderosa en los hechos globales, porque el control de los recursos de energía es una palanca extremadamente poderosa en los asuntos del mundo. Los recursos son incomparables, mucho más que en cualquiera otra parte, por lo que se sabe —por lo menos los fácilmente accesibles. Además, se espera que la importancia crítica de los recursos de energía del Oriente Próximo siga y aumente en la práctica —tal vez aumente dramáticamente— en los años venideros.

La importancia del control sobre el petróleo fue comprendida por primera vez durante la Primera Guerra Mundial. En esa época, Gran Bretaña era la mayor potencia mundial y controlaba gran parte de esa región. Sin embargo, Gran Bretaña no tuvo suficiente poderío militar después de la Primera Guerra para controlar la región mediante una ocupación militar directa. Su poderío había declinado hasta el punto en que ya no podía hacerlo. De manera que se orientó hacia otros medios. Uno fue el uso del poder aéreo, y también de los gases tóxicos, considerados la máxima atrocidad en esa época. Su partidario más entusiasta fue Winston Churchill, quien apoyó el empleo de gases tóxicos contra los kurdos y los afganos.

La utilización por los británicos de gases tóxicos ha sido ocultada durante muchos años. En 1980 se publicaron archivos al respecto, incluyendo el entusiasmo de

Churchill. Cada vez que fui a Inglaterra y daba una conferencia sobre cualquier tema, me aseguraba de mencionarlo, y descubrí que los oídos de todos se taponaban. La información comenzó a filtrarse durante la Guerra del Golfo, pero los detalles sobre cómo los militares siguieron las directivas de Churchill seguían sellados. En 1992, el gobierno británico, bajo presión popular, instituyó una política de “gobierno abierto” –lo que significa que en una sociedad libre y democrática, la gente debiera tener acceso a informaciones sobre su propio gobierno. El primer acto realizado bajo la política de información abierta fue eliminar de la oficina de Archivos Públicos todos los documentos que tenían que ver con el uso de gas tóxico por Inglaterra contra los kurdos y los afganos, y el papel de Churchill en ello. De manera que no vamos a saber mucho sobre el tema, gracias a la devoción a la libertad y a la democracia de la que nos enorgullecemos efusivamente.

Junto con el componente militar del control, también hubo arreglos políticos, que persisten de alguna manera. Durante la Primera Guerra Mundial, la oficina colonial británica propuso y luego implementó un plan para construir lo que apodaron una “fachada árabe”: estados débiles y acomodaticios que administrarían a las poblaciones locales, bajo control británico en última instancia, en caso de que se perdiera el mando. En esa época, Francia también se involucró –era un poder bastante importante; asimismo los Estados Unidos, aunque no eran un poder dirigente en los asuntos mundiales, pero eran suficientemente poderosos para participar algo en la actividad. Los tres concluyeron el acuerdo de la Línea Roja, en 1928, por medio del cual se dividieron las reservas de petróleo del Medio Oriente entre las tres potencias. Visiblemente ausente estaba la gente de la región. Pero ésta estaba controlada en la fachada, con la fuerza bruta entre bastidores. Ése fue el arreglo básico.

En la época de la Segunda Guerra Mundial, EE.UU. se había convertido en la potencia mundial abrumadoramente dominante e iba a apoderarse sin mayores rodeos de los recursos de energía del Medio Oriente. Removió a Francia sin miramientos y Gran Bretaña aceptó su papel de “socio comanditario” a regañadientes. Según las compungidas palabras de un funcionario del Ministerio de Relaciones Exteriores, su papel disminuyó gradualmente con el tiempo, siguiendo las relaciones normales de poder. Mientras tanto, Gran Bretaña se ha convertido en algo así como el perro de presa de EE.UU. –un papel importante, pero secundario en los asuntos mundiales. Debiera agregar que los Estados Unidos controlaban la mayor parte del petróleo del hemisferio occidental. América del Norte continuó siendo el mayor productor durante otros 25 años. Controlaba el petróleo del hemisferio occidental de manera particularmente efectiva, después de que la administración Wilson expulsó a los británicos de Venezuela, que era el mayor productor.

EE.UU. se hizo cargo de la estructura establecida por los británicos –el principio básico permaneció. El principio básico es que Occidente (lo que quiere decir, sobre todo Estados Unidos) debe controlar lo que allí sucede. Además, la riqueza de la región debe fluir a Occidente. Eso significa en primer lugar EE.UU. y Gran

Bretaña: las corporaciones energéticas, los inversionistas, el tesoro estadounidense, que ha dependido en mucho de los petrodólares reciclados, los exportadores, las compañías constructoras, etc. Este es el punto esencial: las ganancias tienen que fluir a Occidente y el poder tiene que permanecer en Occidente, sobre todo en Washington, en la medida de lo posible. Esos son los principios básicos.

Esto presenta toda clase de problemas. Uno es que la gente de la región vive en el atraso y con poca educación, y nunca ha logrado comprender la lógica de esos arreglos o su justicia elemental. Parece que de alguna manera no les entra en la cabeza que la riqueza de la región deba fluir a Occidente, y no hacia la gente pobre y sufriente que vive allí. Y hay que utilizar continuamente la fuerza para hacerlos comprender esos principios simples y obvios –un problema constante con gente atrasada.

Un gobierno conservador nacionalista trató de sacar a Irán del sistema en 1953. Fue rápidamente depuesto por un golpe militar auspiciado por EE.UU. y Gran Bretaña, por medio del cual se restauró al Shah. Y mientras esto ocurría, EE.UU. desplazó en parte importante a Gran Bretaña del control de Irán.

Inmediatamente después, Nasser llegó a ser una personalidad influyente y fue pronto considerado una amenaza. Era el símbolo del nacionalismo independiente –no tenía petróleo– pero era un símbolo del nacionalismo independiente y ésa es una amenaza. Fue considerado lo que se llama un “virus” que podría “infectar a otros” –el virus del nacionalismo independiente. Es la terminología convencional y una característica fundamental de la planificación internacional –no solo allí.

En ese momento, Estados Unidos desarrollaba una doctrina que modificó y extendió el sistema de una fachada árabe respaldada por la fuerza británica –es decir, estaba estableciendo un cordón de estados periféricos que serían lo que la administración Nixon llamó más tarde “policías locales de ronda”. Los cuarteles de la policía están en Washington, pero hay policías locales haciendo la ronda. Los dos principales en esa época eran Turquía, una gran fuerza militar, e Irán bajo el Shah.

En 1958, la CIA aconsejó textualmente lo siguiente: “un corolario lógico” de la oposición al nacionalismo árabe “sería apoyar a Israel como la única potencia confiable pro-occidental que queda en el Oriente Próximo”. Siguiendo este razonamiento, Israel podría convertirse en una base mayor del poder estadounidense en la región. Ahora bien, eso fue propuesto pero implementado solo después de 1967. Ese año, Israel prestó un servicio importante a Estados Unidos –destruyó a Nasser, destruyó al virus. También aplastó a los ejércitos árabes y puso en ascenso el poder de EE.UU. Y en este momento se estableció lo que era esencialmente una alianza tripartita –Israel, Irán y Arabia Saudita. Arabia Saudita estaba técnicamente en guerra con Irán e Israel, pero no importaba. Arabia Saudita tiene petróleo –Irán, bajo el Shah, e Israel (y a Turquía se la descuenta) eran la fuerza militar. Pakistán era también parte del sistema en esa época.

Esto fue reconocido claramente tanto por los especialistas de la inteligencia estadounidense, que escribieron sobre el tema, como por las personalidades principales en su planificación. Así, por ejemplo, Henry Jackson, el principal especialista del Senado en asuntos del Oriente Próximo y del petróleo, señaló que Israel, Irán y Arabia Saudita “inhiben y contienen a aquellos elementos irresponsables y radicales en algunos estados árabes, que, si pudieran, presentarían por cierto una grave amenaza a nuestras principales fuentes de petróleo en el Medio Oriente” (queriendo decir, en primer lugar, el flujo de ganancias y una palanca para el control del mundo). Arabia Saudita lo hace simplemente suministrando los fondos y manteniendo las mayores reservas de petróleo. Irán e Israel, con la ayuda de Turquía y Pakistán, suministran la fuerza regional. Hay que recordar que no son más que los “policías locales haciendo la ronda”. Y si algo verdaderamente serio anduviera mal, llamarían a los hermanos grandes, Estados Unidos y Gran Bretaña.

En 1979, ocurrió un problema: se derrumbó uno de los pilares. Irán cayó en manos del nacionalismo independiente. La administración Carter trató inmediatamente de auspiciar un golpe militar para restaurar al Shah. Carter envió a un general de la OTAN, pero no resultó; no pudo ganar el apoyo de los aliados de EE.UU. entre los militares iraníes.

Inmediatamente después, Israel y Arabia Saudita, los pilares que quedaban, se unieron a EE.UU. en un esfuerzo por producir un golpe que restaurara la vieja estructura, con los medios usuales: enviando armas. Los hechos y su propósito fueron denunciados de inmediato, pero ocultados rápidamente. Retazos de información alcanzaron al público más tarde, cuando ya no se podía continuar ocultándolo. Fue llamado un acuerdo de “armas por rehenes”. Tenía un hermoso sonido humanitario, aunque fue un “error”: los reaganistas buscaban una forma de liberar a rehenes estadounidenses tomados en El Líbano. Lo que estaba sucediendo en realidad era que EE.UU. estaba enviando armas a Irán —es decir, a grupos militares específicos en Irán— vía Israel, que tenía conexiones estrechas con los militares iraníes, financiados por Arabia Saudita. No podía haber sido un acuerdo de armas por rehenes por una razón relativamente simple: no había rehenes. Los primeros rehenes en El Líbano fueron capturados más adelante (y sucede que eran iraníes). En realidad, fue un procedimiento absolutamente normal.

Si alguien quiere entrar al servicio diplomático y quiere saber cómo derribar un gobierno civil, hay una respuesta directa. Supongo que en alguna parte debe haber cursos para enseñarlo, aunque tal vez es tan obvio que no se precisan lecciones. Si usted quiere derrocar un gobierno civil, ¿quién lo va a deponer?: elementos del ejército. De manera que hay que establecer conexiones con elementos militares, financiarlos, entrenarlos, establecer buenas relaciones, convencerlos de que derroquen al gobierno, y listo, ya se logró. Es muy razonable y generalmente funciona. Indonesia y Chile fueron dos casos recientes en los que funcionó muy bien. No funcionó muy bien para los cientos de miles asesinados en Indonesia y los cadáveres torturados en Chile, pero funcionó hartamente bien para la gente que cuenta. Y fue enteramente razonable que se intentara la misma política en Irán.

En realidad fue algo bastante público. Así que altos funcionarios israelíes, incluyendo al embajador israelí en los Estados Unidos, Moshe Arens, informaron a los medios estadounidenses lo que estaba sucediendo; fue rápidamente silenciado. En un importante documental prominentemente presentado por la BBC, Uri Lubrani —que había sido embajador de facto de Israel ante Irán bajo el Shah— dijo que si se puede encontrar a alguien que esté dispuesto a abatir a miles de personas en las calles, probablemente se podría restaurar el sistema del Shah. Antiguos altos funcionarios de inteligencia israelíes y estadounidenses reaccionaron diciendo que no estaban seguros, pero que parecía ser el camino natural a seguir. Por lo visto, a eso se destinaban las armas —una vez más no había rehenes. Todo fue público, excepto para la población de EE.UU. Los planes no resultaron. El gobierno iraní descubrió el complot, encontró los contactos estadounidenses-israelíes en el ejército y los ejecutó. Siguió otra fase, la fase de Oliver North, de la que ustedes han oído hablar, pero hay buenas razones para suponer que fue simplemente una continuación de la primera fase. Si es así, y eso parece, entonces es razonable y convencional, junto con la supresión virtual de la primera fase crítica, en la que no hay justificación posible de “armas por rehenes”.

Al mismo tiempo, los Estados Unidos estaban respaldando una invasión iraquí de Irán, es decir, apoyando a su amigo Saddam Hussein en una invasión de Irán, de nuevo con el mismo propósito: tratar de subsanar el desastre que significaba un Estado productor de petróleo independiente, pero no árabe en este caso. El Irak de Saddam también era demasiado independiente, pero Irán había sido uno de los pilares más firmes de la política estadounidense en la región. Independientemente de eso, Irán había cometido el crimen grave e imperdonable de derrotar al golpe militar respaldado por EE.UU. que había bloqueado el intento de avanzar hacia la independencia 25 años antes. Ese tipo de desobediencia no podía ser tolerado, o la “credibilidad” sería puesta en duda.

Esto nos lleva a fines de los años 90. El apoyo de EE.UU. a la invasión iraquí fue tomado muy en serio. No fue solo el apoyo a Saddam Hussein, durante las mayores atrocidades, sino que mucho más. Estados Unidos comenzó a enviar barcos militares a patrullar el Golfo para asegurarse de que Irán no pudiera bloquear los embarques de petróleo de Irak. Y resultó ser un asunto muy serio. La profundidad del compromiso de EE.UU. con Saddam Hussein queda demostrada por el hecho de que Irak es el único país, fuera de Israel, que obtuvo el derecho de atacar a un barco estadounidense y matar, en ese caso, a 37 marineros, con completa impunidad. No hay muchos países que se puedan permitir algo semejante. Israel lo hizo en 1967 e Irak en 1987, pero no existe otro caso. Es una indicación de la profundidad del compromiso.

Las cosas llegaron más lejos. El año siguiente, en 1988, un destructor estadounidense, el “Vincennes”, derribó un avión comercial iraní, Iran Air 654, matando a 290 personas, en el espacio aéreo iraní. En realidad, el destructor se encontraba en aguas territoriales iraníes, pero no hay una disputa seria sobre los hechos básicos. Irán lo tomó muy en serio. Concluyó que Estados Unidos estaba dispuesto a

llegar a cualquier extremo para asegurar que Saddam Hussein ganara, y en ese momento capitularon. No fue un acontecimiento menor para ellos. Es un acontecimiento menor aquí, porque es solo nuestra atrocidad, y por definición los poderosos no tienen responsabilidades morales y no pueden cometer crímenes.

Es probable –quiere subrayar en este lugar que estoy especulando– es razonable asumir que el Pan Am 103 fue hecho estallar como represalia. La presunción inmediata de la inteligencia occidental fue que se trataba de una represalia iraní por el derribo del Iran Air 654, y, por lo que ha sucedido desde entonces, pienso que sigue siendo una especulación plausible. La evidencia de que Libia haya sido responsable sigue siendo muy frágil. Los extraños procedimientos judiciales en La Haya, después de que EE.UU. y Gran Bretaña finalmente estuvieron de acuerdo en permitir que el juicio tuviera lugar (Libia había ofrecido permitirlo en una sede neutral años antes), solo ha aumentado las dudas entre los que han seguido el caso de cerca. Pero no se permitirá que sea discutido –de eso podemos estar seguros. Por ejemplo, se ha considerado necesario ocultar en su integridad el “Informe sobre el Proceso de Lockerbie en Holanda” por el observador internacional nombrado por el Secretario General de la ONU, Kofi Annan, obedeciendo la Resolución del Consejo de Seguridad 1192 (1998). Su informe, publicado hace un mes, fue una severa condena de lo que sucedió. Se podría especular, de nuevo, que si hubiera confirmado la posición oficial de EE.UU. y Gran Bretaña, el informe hubiera merecido alguna mención o probablemente algunos titulares.

Si Irán fue responsable, es bastante probable que hubieran solicitado una “desmentibilidad plausible” –el tipo de servicio que la CIA suministra para la Casa Blanca– y utilizado agentes. Así lo hizo evidentemente la CIA cuando organizó el peor acto de terrorismo internacional en Beirut, en 1985: un auto-bomba en las afueras de una mezquita, cuya explosión fue calculada para coincidir con la salida de la gente. La bomba mató a 80 personas e hirió a una cantidad desconocida –una atrocidad estadounidense y, por lo tanto, no un crimen, según las convenciones usuales. Irán podría incluso haber escogido a un agente libio; pero esto es solo especulación. Probablemente nunca lo sabremos, ya que es el tipo de tema no adecuado para ser investigado.

A pesar de todo esto, Irak siguió siendo una especie de anomalía. En 1958, se había salido del sistema dominado por EE.UU., lo que era anómalo también en otro sentido. Irak estaba utilizando –por horrendo que pueda ser el régimen, la realidad era que estaba utilizando sus recursos para el desarrollo interno. Así que había un sustancial desarrollo social y económico interno de Irak y esa no es la forma en que se supone que funcione el sistema –se supone que la riqueza fluya a Occidente. Así que las relaciones fueron complicadas y anómalas en todo sentido. No hay tiempo para ocuparse de ellas. Ahora el efecto de la guerra y particularmente de las sanciones ha sido esencialmente la reversión de esas violaciones de la buena conducta. Cuando se permita a Irak, como es casi seguro que ocurra, que se reintegre al sistema internacional bajo control de EE.UU., en ese momento ya no habrá ningún

peligro serio de que utilice sus recursos en el interior. Se contentará con sobrevivir y recuperarse en la medida que pueda. Así que el problema probablemente habrá pasado. Uno podría discutir si eso forma parte del propósito de las sanciones, pero es probable que sea la consecuencia.

Todo esto presenta una interrogante: ¿qué pasa con nuestro legendario compromiso con los derechos humanos? ¿Cómo se distribuyen los derechos humanos entre los diferentes actores en el Medio Oriente? La respuesta es la simplicidad misma: los derechos se distribuyen en función de la contribución al mantenimiento del sistema. Estados Unidos posee derechos por definición; Gran Bretaña tiene derechos mientras sea un perro de presa leal. La fachada árabe tiene derechos mientras logre controlar a sus propios pueblos y asegure que la riqueza fluya a Occidente. Los policías locales en sus rondas tienen derechos mientras cumplan con su trabajo.

¿Y los palestinos? Ahora bien, no poseen riqueza alguna. No tienen poder alguno. La consecuencia lógica, según los principios más elementales del arte de gobernar, es que no tienen derecho alguno. Es como sumar dos y dos y sacar cuatro. En realidad, tienen derechos negativos. La razón es que su desposeimiento y su sufrimiento provocan protestas y oposición en el resto de la región, así que no cuentan como cero, sino más bien como dañinos.

De estas consideraciones se hace bastante evidente el pronóstico para la política estadounidense para algo parecido a los últimos 30 años. Su elemento básico ha sido y sigue siendo una forma extrema de negativismo. Ahora tengo que explicar que estoy utilizando este término de una manera no convencional, es decir, de una manera no racista. El término “negativista” es utilizado convencionalmente de una manera puramente racista en el discurso occidental: el término se refiere a aquellos que rechazan los derechos nacionales de los judíos. Son llamados “negativistas” (que lo son). Pero si lo utilizamos en un sentido no racista, entonces la expresión se refiere a aquellos que rechazan los derechos nacionales de una u otra de las fuerzas que compiten en la antigua Palestina. Así que aquellos que rechazan los derechos nacionales de los palestinos son negativistas. Y EE.UU. ha encabezado el campo negativista en el sentido no racista durante los últimos treinta años; es el único miembro importante del campo negativista que lo ha encabezado y lo sigue haciendo.

La guerra de 1967 fue peligrosa; llegó muy cerca de una confrontación nuclear. Hubo acuerdo en que tenía que haber alguna solución diplomática. La solución diplomática que fue propuesta principalmente por Estados Unidos y las otras grandes potencias fue llamada UN 242. Nótese que fue explícitamente negativista. Apelaba a reconocer el derecho de Israel a vivir en paz y seguridad dentro de fronteras reconocidas, pero no dice nada sobre los derechos de los palestinos, fuera de una vaga alusión al problema de los refugiados. UN 242 llama a una solución entre los estados existentes de la región. El acuerdo fue, en pocas palabras, que debiera haber una paz total a cambio de la retirada total de Israel de los

territorios ocupados. Eso es UN 242. Y era política oficial de EE.UU. en su época. La retirada podía involucrar ajustes marginales y mutuos de las fronteras; tal vez, enderezar una frontera retorcida por aquí o por allá. Pero nada más. Y, desde luego, está prohibido todo ajuste o desarrollo dentro de los territorios ocupados; no cabe discusión de que sería una violación de las Convenciones de Ginebra. La opinión pública mundial es unánime al respecto, con excepción de Israel y EE.UU. Y en este caso, EE.UU. no ha estado dispuesto a articular públicamente su antagonismo con la ley internacional y las Convenciones que fueron establecidas para prohibir crímenes realizados por los nazis, así que se abstiene de resoluciones que son aprobadas unánimemente, fuera de las objeciones israelíes y las abstenciones de EE.UU.

EE.UU. mantuvo esta interpretación de UN 242 hasta 1971. Ese año ocurrió un evento muy importante. El presidente Sadat había llegado al poder en Egipto, y ofreció una solución basada en los términos de UN 242, en términos de política oficial estadounidense: plena paz a cambio de una retirada total israelí. En realidad, su posición era aún más conciliadora: ofrecía la paz plena a cambio de la retirada israelí del territorio egipcio, dejando abierto el estatus de los territorios ocupados y de las Alturas del Golán. Desde luego, su proposición también era firmemente negativista, al no mencionar a los palestinos.

EE.UU. tenía que elegir: ¿iba a aceptar esto o iba a rechazar la UN 242? Se daba por sentado que la proposición de Sadat era, como la describió Israel, una “oferta genuina de paz” –un “hito en el camino a la paz”, como la describe en sus memorias Yitzhak Rabin, Embajador de Israel en Estados Unidos en aquel entonces.

EE.UU. tenía que tomar una decisión. Hubo una confrontación interna. Henry Kissinger ganó, y Washington adoptó su política de “punto muerto”: No a las negociaciones, solo queda la fuerza. Así que EE.UU. rechazó efectivamente la UN 242 en febrero de 1971 e insistió en que significa “retirada en la medida que ha de ser decidida por EE.UU. e Israel”. Ése es el significado operativo de la UN 242 bajo el régimen global de EE.UU. desde 1971.

Oficialmente, EE.UU. continuó apoyando la UN 242 hasta Clinton. Él es el primer presidente que declaró que las resoluciones de la ONU son inoperantes. Pero hasta entonces, por lo menos en forma verbal, EE.UU. aceptó la UN 242. Sin embargo, fueron solo palabras. En la práctica, EE.UU. siguió la interpretación de Kissinger. Para todos los presidentes, la UN 242 significó en la práctica una retirada parcial, tal como lo determinen Israel y EE.UU. Carter, por ejemplo, reiteró enérgicamente el apoyo de EE.UU. a UN 242 y continúa haciéndolo, pero también aumentó la ayuda a Israel a aproximadamente la mitad de la ayuda total de EE.UU. al exterior (como parte del acuerdo de Camp David), asegurando así que Israel pudiera proceder a integrar los territorios ocupados dentro de Israel e impedir así cualquier cumplimiento significativo de la UN 242 (y que atacara a su vecino nortño), exactamente como había sido pronosticado, y como lo hizo.

Los compromisos negativistas del sistema internacional cambiaron a mediados de los años 70, cuando un consenso internacional extremadamente amplio, en realidad esencialmente total, llegó a aceptar los derechos nacionales palestinos en convivencia con Israel. En enero de 1976, el Consejo de Seguridad discutió una resolución que incluía el texto de la 242, pero agregaba los derechos nacionales palestinos en los territorios de los cuales se retirara Israel. EE.UU. la vetó, y ha sido arrojada fuera de la historia, de manera que uno ni siquiera puede encontrarla en los libros de historia, con pocas excepciones. Lo mismo vale para los acontecimientos de febrero de 1971. Con una búsqueda diligente, se pueden descubrir los hechos, pero han sido eliminados eficientemente de la memoria histórica.

Esto continuó, pero no voy a repasar toda la historia. EE.UU. vetó una Resolución del Consejo de Seguridad del mismo tenor en 1980, y votó contra resoluciones similares de la Asamblea General año tras año, generalmente solo (con Israel), alineando ocasionalmente a algún otro Estado-cliente. Recordemos que un rechazo unilateral por EE.UU. de una resolución de la Asamblea General es, en realidad, un doble veto: la resolución es inoperante y es expulsada de la historia, hasta se informa raramente sobre ella. Washington también bloqueó otros esfuerzos de negociación: de los Estados europeos y árabes, de la OLP, en realidad de cualquier origen. Y las cosas continuaron así hasta la Guerra del Golfo.

El proceso de impedir una solución pacífica diplomática tiene exactamente el nombre que uno esperaría en la época de Orwell: se llama “el proceso de paz”.

La Guerra del Golfo cambió las cosas. En ese momento, el resto del mundo comprendió que EE.UU. estaba haciendo una declaración muy clara: EE.UU. va a dirigir esa parte del mundo por la fuerza, así que sálganse del camino. Todo el mundo lo comprendió. Europa echó marcha atrás; el mundo árabe quedó en la confusión total y Rusia había desaparecido. Nadie más cuenta. EE.UU. pasó inmediatamente a las negociaciones de Madrid, donde pudo imponer unilateralmente el marco negativista de EE.UU. que había mantenido en aislamiento internacional durante 20 años.

Esto lleva, por varios caminos, a Oslo y al césped de la Casa Blanca: el 13 de septiembre de 1993 la Declaración de Principios (DDP) fue aceptada con bombos y platillos, en lo que la prensa describió como “un día impresionante”. La DDP merece un análisis detenido. Detalla claramente lo que vendrá, sin ambigüedades. Escribí un artículo al respecto, que apareció en octubre de 1993. Ha habido pocas sorpresas desde entonces.

La DDP declara que el “estatus permanente”, la solución en perspectiva, debe basarse en la UN 242 y solo en la UN 242. Es algo crucial en extremo. Cualquiera que tenga alguna familiaridad con la diplomacia del Oriente Próximo supo exactamente ese día lo que vendría. Primero, la UN 242 significa “la retirada parcial, tal como la determine EE.UU.”; la revisión de Kissinger. Y “solo la UN 242” significa la UN 242 y no las demás resoluciones de la ONU que especifican los derechos palestinos junto con los de Israel. Recuérdese que la UN 242 en sí es estrictamente negativista.

El tema principal de la diplomacia desde mediados de la década del 70 ha sido si una solución diplomática debiera basarse solo en la UN 242, o en la UN 242 complementada con las otras resoluciones que EE.UU. ha vetado en el Consejo de Seguridad y vetado (efectivamente) en la Asamblea General. Y el segundo tema era si la UN 242 tenía la interpretación original o la interpretación operativa de EE.UU. después que rechazó la oferta de paz de Sadat de 1971. En la DDP, EE.UU. anunció firme y claramente que la solución permanente se basaría solo en UN 242, ajustándose al negativismo unilateral de Washington: todo lo demás queda fuera de discusión. Y ya que se trata de un juego unilateral sin contrapeso, la UN 242 significa “como decida EE.UU.” Sin ambigüedades. Alguien podría preferir que lo engañaran —muchos lo hicieron. Pero fue una elección desaconsejable, sobre todo para las víctimas.

Así siguen las cosas. Uno realmente no puede acusar a Israel de violar los acuerdos de Oslo, excepto en el detalle. Continúa asentándose en los territorios ocupados y a integrarlos dentro de Israel. Eso significa que usted y yo lo hicimos, porque EE.UU. lo financia en plena conciencia de lo que sucede, y EE.UU. suministra apoyo diplomático y militar crítico para esas burdas violaciones de la ley internacional. Los acuerdos sucesivos contemplan los detalles. Vale la pena mirarlos detenidamente. He revisado el principal, impreso en 1996, por si interesa. Los detalles son impresionantes, incluyendo la humillación intencional que contempla. Y han sido implementados con bastante rigor.

Mirando de cerca a través de un poderoso microscopio, podemos discernir una diferencia entre las dos principales agrupaciones políticas en Israel (como en EE.UU.)

Hay, sin embargo, una diferencia notable en la actitud estadounidense hacia ellas, pero la razón es más bien una diferencia de estilo que de sustancia. Tomemos al hombre que acaba de ser nombrado Ministro de Defensa, Ben Eliezer, descrito ahora como un “halcón laborista”. Fue Ministro de Vivienda bajo Simón Peres, aclamado como la paloma laborista. En febrero de 1996, hacia el fin del mandato de Peres, la cúspide del “reino de las palomas” anunció un programa expandido de asentamientos en los territorios —lo citaré porque es esencialmente lo que está sucediendo ahora. Fue en febrero de 1996. Dijo: “La posición del gobierno no es ningún secreto, lo que será nuestra exigencia máxima es que en lo que respecta a las áreas de Jerusalén —Ma’ale Adumim, Givat Ze’ev, Evitar, y Gush Etzion— serán parte integral del mapa futuro de Israel. No cabe duda al respecto”. También anunció la construcción de lo que Israel llama Har Homa, es decir, la última sección alrededor de Jerusalén, expropiada de árabes en su mayor parte. Fue postergado bajo el gobierno de Netanyahu, debido a la fuerte oposición internacional y del interior. Pero el proyecto de Peres fue recuperado por Barak y se realizó sin protestas.

Una mirada al mapa explicará lo que esto significa. El “área de Jerusalén”, así definida (como ya lo había hecho Yitzhak Rabin, después de Oslo), divide eficazmente Cisjordania: la ciudad de Ma’ale Adumim fue desarrollada fundamentalmente

con este propósito, y la suma de otras partes de las “áreas de Jerusalén” simplemente afirma la partición efectiva.

Ben-Eliezer también explicó en febrero de 1996 que el Partido del Trabajo “construye en silencio”, con la plena protección del Primer Ministro, no ostentosamente, como la coalición rival, Likud. El Primer Ministro puede ser Rabin, Peres, Barak (que rompió todos los récords de construcción) o cualquier otro, pero “construimos en silencio”, es la frase crítica. Y es el motivo por el cual EE.UU. siempre prefiere al Partido del Trabajo al Likud. El Partido del Trabajo hace las cosas silenciosamente. Son las “palomas”. El Likud tiende a ser arrogante y bullicioso cuando hace las cosas, y hace más difícil simular que no sabemos lo que están haciendo en realidad. Así que siempre es mejor el Partido del Trabajo.

La razón proviene de electorados diferentes. El Partido del Trabajo es el partido de gerentes, profesionales, intelectuales, generalmente los sectores más seculares y occidentalizados, que comprenden muy bien las normas de la hipocresía occidental –y que son, por lo tanto, más fáciles de manejar, y por ello son más admirados en Occidente. Las políticas se diferencian en algo, el Partido del Trabajo ha sido a menudo más agresivo en la construcción (y también en las acciones militares) que el Likud, otras veces ha ocurrido lo contrario, pero eso es secundario.

Sin entrar en detalles, se notará que en toda la discusión actual sobre las extraordinarias negociaciones y las “conciliadoras” y “generosas concesiones” de Clinton y Barak, hay algunas omisiones notables. Una de ellas son los mapas. Trate de encontrar un mapa en alguno de los periódicos estadounidenses cuando describen lo que está ocurriendo. La razón es que no publican mapa alguno. Supongo que es porque lo que está siendo implementado bajo la proposición de Camp David, y el último plan de Clinton y el plan de Barak, es muy parecido a lo que describió Ben Eliezer. Los sitios que mencioné son los que están siendo incorporados a Israel, junto con otros. Una segunda omisión crítica es que no puede haber “concesiones generosas”, porque no pueden ser concesiones territoriales, no más que cuando Rusia se retiró de Afganistán o Alemania de Francia ocupada.

Lo que se llamaba “Jerusalén” se extiende en todas direcciones, separando a Ramala, en el norte, de Belén, en el sur, y dividiendo eficazmente Cisjordania. Ma’ale Adumim es llamada en la prensa de EE.UU. “un vecindario de Jerusalén”; en realidad, es una ciudad construida por EE.UU. e Israel, fundamentalmente durante el período de Oslo, al este de Jerusalén. Se supone que sus límites planificados lleguen a unos pocos kilómetros de Jericó. Jericó misma está ahora rodeada por una trinchera de dos metros de profundidad para impedir que la gente entre y salga –y se planea hacer lo mismo con otras ciudades. Esto significa que la saliente “Jerusalén” biseca eficazmente Cisjordania, separando los sectores palestinos en dos enclaves; y toda la región palestina es separada del centro tradicional de la vida palestina en Jerusalén (ahora expandida ampliamente, solo con asentamientos israelíes). Hay otra saliente hacia el norte, que separa efectivamente las regiones norteñas y centrales. La discusión de Gaza es vaga, pero juzgando por los modelos de asentamientos

y desarrollos, se planea probablemente algo similar. Recuerde que todos los asentamientos están dentro de vastos proyectos de infraestructura, diseñados para integrarlos dentro de Israel, para eliminar de la vista a los palestinos de Cisjordania, y contenerlos dentro de sus enclaves.

Estas son las concesiones conciliadoras y generosas. No es ningún malentendido. Solo terminaré con el comentario de una de las principales palomas israelíes, Shlomo Ben-Ami, que fue el negociador jefe bajo Barak y que es por cierto una paloma laborista –colocado muy al extremo. En un libro académico escrito en hebreo en 1998, justo antes de ingresar al gobierno, señaló, en forma perfectamente exacta, que el objetivo de las negociaciones de Oslo es establecer una situación de “dependencia neocolonial permanente” para los territorios ocupados. En Israel, es descrita comúnmente como una solución de bantustán –pensando en la política sudafricana, es esencialmente similar.

Vale la pena anotar que entre los principales partidarios de esta solución han estado los industriales israelíes. Hace unos diez años, antes del acuerdo de Oslo, estaban pidiendo un Estado palestino que tuviera aproximadamente este tipo –y por buenas razones. Para ellos, una dependencia neocolonial permanente tiene mucho sentido. Más o menos como EE.UU. y México o EE.UU. y El Salvador, con maquiladoras, plantas de ensamblaje a lo largo de la frontera del lado palestino. Esto ofrece mano de obra barata y condiciones terribles, y no hay necesidad de preocuparse por la polución y otras limitaciones molestas para la obtención de ganancias. Y la gente no tiene que ser traída a Israel, algo siempre peligroso. ¿Quién sabe? Algunos de aquellos ridiculizados como “almas hermosas” podrían ver la forma en que son tratados y pedir condiciones de trabajo y salarios mínimamente decentes. Es mucho mejor que estén al otro lado de la frontera, en su propio “Estado”, como Transkei. No solo ayuda a aliviar la amenaza de la protección de los derechos humanos y mejora las ganancias, sino que es también un arma útil contra la clase obrera israelí. Ofrece medios de desmejorar sus salarios y prestaciones sociales. Y, además, ofrece medios para romper huelgas, una herramienta utilizada comúnmente por los fabricantes estadounidenses, que desarrollan excesos de capacidad en el extranjero que pueden ser utilizados para romper huelgas en el país: la huelga de Caterpillar hace unos pocos años es un ejemplo. Otro caso: hubo un intento de privatizar los puertos y el sindicato israelí se declaró en huelga. Los industriales tenían un problema; podían utilizar un puerto egipcio o uno en Chipre para romper la huelga, pero quedaban demasiado lejos. Por otra parte, si tuvieran un puerto en Gaza, sería ideal. Con la colaboración de las autoridades de la dependencia neocolonial, las operaciones portuarias podrían ser transferidas allí. La huelga de los trabajadores israelíes podría ser quebrada, y los puertos transferidos a manos privadas sin limitaciones. Es un buen motivo para estar a favor de un Estado palestino en una condición de dependencia neocolonial permanente. La historia debiera sonar familiar en Toledo.

Israel mismo está –lo que no sorprende a nadie– volviéndose muy parecido a Estados Unidos. Tiene ahora una desigualdad tremenda, niveles muy elevados de

pobreza, salarios estancados o en descenso y condiciones de trabajo en deterioro –muy similar a Estados Unidos, más que la mayoría de las otras sociedades industriales. Como en EE.UU., la economía se basa crucialmente en el sector dinámico del Estado, ocultado a veces bajo la rúbrica de la industria militar. No es verdaderamente sorprendente que EE.UU. favorezca reglas en su puesto de avanzada, que se parecen mucho a los existentes en EE.UU.

Tampoco debe sorprender que EE.UU. haya estado manteniendo la política llamada de “doble contención”, aislando a Irán e Irak, los dos países de la región que no se han subordinado al sistema de orden global dominado por EE.UU. Sin embargo, esta política se está desmoronando. Y es insostenible. Los países de la región no la aceptan por más tiempo. Fuera de EE.UU. y hasta cierto punto en Inglaterra, hay muy poco apoyo y una fuerte oposición. Dentro de EE.UU., la oposición también se está desarrollando en el área crítica, el mundo de los negocios, que está descontento por tener que ceder oportunidades mayores a sus rivales. Recuerden que Irak ocupa el segundo lugar en las reservas de petróleo del mundo y que Irán también posee muchos recursos. Así que es razonable esperar que de una u otra manera esas dos regiones serán reincorporadas al control de EE.UU. No será fácil, porque existen numerosos problemas para hacerlo. En realidad, toda la región es extremadamente volátil y muy peligrosa. No cabe duda de que el papel de EE.UU. sigue siendo crítico, probablemente decisivo, lo que nos va bien, porque es el único factor en el que podemos influir: un hecho que nos confiere responsabilidades muy graves.

Período de preguntas

Pregunta: Quisiera que usted entrara en más detalles en respuesta a un argumento que dice: “Con nuestro apoyo, Saddam Hussein hizo estas cosas”. ¿Qué diría usted si alguien dijera “bueno tienes razón, pero fue un error nuestro y estamos tratando de corregirlo?”

Respuesta: ¿Cómo lo estamos corrigiendo? Ante todo, es realmente una buena respuesta y debiera ser dada con honestidad. Así como si Bill Clinton, George Bush, etc, dijeran: “Sí señor, ese tipo es un monstruo. Nos vamos a librar de él porque cometió el peor crimen con nuestro apoyo”, eso sería un gran adelanto. Así, por lo menos, podríamos confrontar el asunto con honradez.

¿Y después cuál sería la respuesta lógica? Bien, si cometió el crimen con nuestro apoyo, ¿a quién castigamos? Supongamos que él dijera, “Bien, lo siento. Fue un error”. ¿Bastaría? No, no bastaría. Si alguien comete un gran crimen, entonces es responsable. Clinton no se opuso y George Bush no va a inculpar a su padre.

Esas son políticas de EE.UU.; son políticas que ocurren de año en año. Así que, en realidad, Saddam podría decir, “Sí señor, cometí el crimen en aquel entonces, pero ahora soy un tipo mejor. No voy a hacerlo de nuevo”. No aceptamos eso. Si

cometimos el crimen, debiéramos preguntarnos por qué lo hicimos. Y ¿somos los responsables de haberlo hecho? Además, está nuevamente la otra pregunta: ¿Es lo mejor enfrentar el caso aumentando el poder de Saddam y devastar a la población? Ya que nadie lo piensa, concluimos que esas políticas están siendo realizadas por otras razones, que debiéramos tratar de descubrir. Pero estoy de acuerdo con usted de que sería un gran paso adelante si alguien dijera: “Sí, cometió el crimen con nuestro apoyo”. Sería un lindo paso adelante.

Pregunta: ¿Qué pasa con el problema más difícil, Jerusalén?

Respuesta: No pienso que Jerusalén sea el peor problema. Creo que es uno de los problemas más fáciles. Un excelente sociólogo israelí, Baruch Kimmerling, escribió un artículo en *Ha’Aretz* —que es una especie de *New York Times*— durante la negociación de Camp David. Dijo que de todos los problemas existentes, era uno de los más fáciles y podría ser resuelto en unos minutos; tal vez un poco más. Pero pienso que lo que estaba tratando de plantear era correcto. Es el único caso en el que se puede usar el ingenio; hay muchas formas de solucionarlo con ingenio. Uno puede imaginar una serie de medios técnicos para tratar el problema de Jerusalén.

Lo que no se puede solucionar con ingenio es lo que yo estaba describiendo: la desarticulación de los territorios ocupados en enclaves separados, con regiones mayores integradas a Israel. Eso no se puede solucionar con ingenio y es el motivo por el cual nadie quiere hablar del tema. Clinton e Israel no quieren hablar del tema por razones obvias. ¿Por qué no quiere Arafat hablar de esto? Sospecho que la razón es que para el tema de Jerusalén puede lograr el apoyo de los Estados árabes, pero el tema de la destrucción de los palestinos a esos Estados no les importa mayormente. Si se libran de los palestinos, estarían felices —son solo una molestia, igual que sus propios pueblos son una molestia. Así que presumo que el motivo por el cual Arafat se concentra en Jerusalén es táctico: es el único aspecto en que puede lograr el apoyo de la fachada árabe. La razón es que temen a sus propios pueblos. Si abandonan Jerusalén, la gente se enfurece.

Pregunta: Tal vez a los estados árabes les da lo mismo si los palestinos desaparecen, pero está claro que los palestinos no van a desaparecer. No por el momento, en todo caso. Acabo de participar en un grupo de la Asociación Nacional de Abogados que testimonió que había *apartheid*, que están llevando asiáticos para que hagan el trabajo, que Oslo está muerto, que ya no hay izquierda en Israel, que no funciona. Si Oslo está muerto, y si no funciona, ¿qué ve usted como el próximo paso en la historia?

Respuesta: Ojalá estuviera de acuerdo con usted. Pero no lo creo. Creo que tendemos a subestimar la eficacia de la violencia. Si usted contempla la historia, la violencia generalmente tiene éxito. Y no hay evidencia de que Oslo no esté funcionando. Oslo es lo que Shlomo Ben-Ami describió como un esfuerzo por crear una dependencia neocolonialista permanente en los territorios ocupados. Y pienso que puede

que funcione. Es cierto que hay un grado de resistencia que no complace a EE.UU. e Israel, pero tienen numerosos medios violentos que pueden utilizar para reprimirla y hay un límite de lo que resiste la carne y la sangre. Hay verdaderamente un límite. Es lo que los gobernantes han comprendido a través de toda la historia. Y habitualmente funciona. Si lo permitimos –nosotros, usted y yo, el pueblo de Estados Unidos– si permitimos que ocurra, puede funcionar una vez más.

Uno puede pensar en muchas tácticas posibles; lo que acaba de ser hecho con Jericó podría ser hecho con cada ciudad árabe. Cada ciudad árabe en Cisjordania puede ser rodeada por un foso inmenso, que impedirá que la gente entre o salga. EE.UU. puede enviar más helicópteros para realizar más asesinatos y atacar más concentraciones de civiles, basándose en que la prensa estadounidense no lo mencionará, de la misma manera como no lo ha mencionado durante por lo menos seis meses.

El objetivo a largo plazo puede ser, en gran parte, lo que Israel ha asumido todo el tiempo, incluso israelíes más “pacifistas” como Moshe Dayan, que de todos los dirigentes israelíes puede haber sido el más comprensivo hacia los palestinos. Hace treinta años, en discusiones internas del gabinete su punto de vista era: no les den nada; debemos tratarlos como perros y aquellos que puedan se irán; después de eso, veremos lo que ocurre.

Esto es conocido desde hace quince años. Debiera ser comprendido así en los documentos publicados, y ha sido citado en publicaciones disidentes en este país. Y es la política, una política que se ajusta bien a la historia judía, que no debiera ser ignorada. Los judíos conocen su propia historia. Como otros aquí, yo la estudié cuando era niño, se la enseñé a niños más tarde y, sobre todo en Israel, es muy bien conocida. Piensen en el exilio romano: ¿qué produjo hace dos mil años? ¿Sacaron a toda la población de Palestina? No; sacaron a las elites y dejaron a los campesinos. Los campesinos se quedan simplemente. Se quedan, sufren, aguantan. Los conquistadores vienen, otros conquistadores los reemplazan y ellos se adaptan. Sobreviven de una u otra manera. Las elites se han ido –eso se llama un exilio. ¿Por qué no puede suceder de nuevo?

El hecho desagradable es que la violencia generalmente funciona, a menos que sea limitada desde el interior. No hay fuerza fuera de Estados Unidos que pueda limitarla; hay una fuerza dentro de Estados Unidos que puede limitarla. Si no lo hacemos, sospecho que Oslo funcionará. No va a ser bonito, pero no veo ninguna razón para dudar que funcionará.

Respuesta del interrogador: ¿Pero si se considera África del Sur y el fin del *apartheid*?

Respuesta: Lo que sucedió en África del Sur es algo grandioso. Ochenta por ciento de la población pudo lograr la libertad formal en un acuerdo con los gobernantes blancos, que dejó a estos gran parte del control económico, y a ellos se ha unido una nueva elite negra. Eso sucedió y es un gran logro. En la mayoría de los casos, no funciona de esa manera e incluso aquí se trata de una victoria extremadamente

parcial. Para la mayor parte de la gente en África del Sur, no es una gran victoria, si es que es una victoria.

Miremos los *townships* en las afueras de Ciudad del Cabo y las barriadas de Johannesburgo. La gente allí no tuvo victoria alguna y lo sabe. Probablemente habrá un estallido en esos sitios. Por esa razón, hace solo un par de días, Mandela publicó una enérgica condena de lo que está haciendo el Congreso Nacional Africano.

Pregunta: ¿Cuál diría usted que sería una solución realista y justa del problema israelí y palestino?

Respuesta: Hay un consenso internacional extremadamente amplio para una solución temporaria posible. Es lo que virtualmente todo el mundo fuera de Estados Unidos ha apoyado: la UN 242, complementada por las otras resoluciones de la ONU que piden un Estado palestino. Necesitaría algún acuerdo técnico sobre Jerusalén, convirtiéndola en una ciudad abierta, tal vez la capital conjunta de los dos Estados, sobre la base de las fronteras de antes de junio de 1967.

Personalmente, siempre he pensado que es una pésima solución. Es mejor que lo que ahora existe allí, pero no pienso que sea realmente una solución viable a largo plazo. No tiene ningún sentido. Sería como colocar una frontera arbitraria a través de la mitad de Ohio y decir que vamos a establecer dos países independientes, como EE.UU. y México. Simplemente deben estar juntos. En realidad debieran estar junto con Jordania y tal vez otros. Pienso que la solución a más largo plazo es —matizando un poco— algo no muy distinto al Imperio Otomano. El Imperio Otomano fue algo desagradable, pero la idea estaba bien. Afortunadamente, los gobernantes en Turquía eran tan corruptos que generalmente dejaban tranquila a la gente; su principal interés era robarles y los dejaron solos, manejando sus propios asuntos, sus propias regiones y sus propias comunidades, con mucha autodeterminación local.

Ahora bien, no vamos a volver al Imperio Otomano, por suerte, pero la visión general no es poco realista. En realidad, puede ser la dirección hacia donde va Europa a medida que rompe el sistema de nación-Estado, que fue ignominioso y criminal. Basta con contemplar los últimos quinientos años de historia europea en los que estuvo establecido este sistema. Es una historia de horror. Y se va moviendo gradualmente hacia algún tipo de integración, junto con el regionalismo, lo que tiene sentido. Tal vez lo mismo vale para el Levante. Del arreglo con dos Estados que puede ser viable pero defectuoso, podemos imaginarnos movimientos hacia un sistema federal en el que haya un grado de interacción y responsabilidad compartida y desde allí hacia formas ulteriores de integración. Pienso que podría suceder, pero necesitaría un cambio político mayor de parte de EE.UU. Mientras EE.UU. no lo apoye, no sucederá jamás. Pero podría. Y como un primer paso, podría haber algo como un consenso internacional.

No existen las soluciones de un solo golpe; es improbable que haya una solución instantánea. Nunca sucede cuando se trata de un problema serio. Pero lo que sí puede suceder son pasos que faciliten el camino hacia otros pasos. Y me parece que en este caso podemos pensar en un desarrollo que podría ser constructivo.

Pregunta: ¿Piensa que sería bueno promover la idea de desinversión de Israel, de la misma manera que la utilizamos para imponerla a los blancos de África del Sur?

Respuesta: Considero a EE.UU. como el principal culpable en este caso, durante los últimos 30 años. Y que nosotros promovamos la desinversión desde EE.UU., en realidad no significa nada. Lo que debíamos hacer es promover cambios en la política de EE.UU. Tiene mucho sentido presionar para que no se envíen helicópteros de ataque a Israel, por ejemplo. En realidad, tiene mucho sentido tratar de que algunos periódicos en EE.UU. informen sobre los hechos que están sucediendo; sería un comienzo. Y a continuación, dejar de enviar armas militares que están siendo utilizadas para la represión. Se pueden realizar pasos de ese tipo. Pero no pienso que la desinversión de Israel tenga mucho sentido, aun si una política tal fuera imaginable (y no lo es).

Nuestra principal preocupación, pienso, debiera ser un cambio en la política fundamental de EE.UU., que ha estado conduciendo este asunto durante décadas. Eso debiera estar dentro de nuestras posibilidades. Es lo que se cree que podemos hacer: cambiar la política de EE.UU.

Pregunta: ¿Y qué pasa con el derecho de retorno de los palestinos?

Respuesta: Pienso que existe un derecho de retorno. Hay muchos derechos de retorno. Por ejemplo, hay un derecho de retorno para la gente que fue obligada a abandonar ese sitio, aquellos que sobrevivieron. Ellos tienen un derecho de retorno. Hay todo tipo de derechos en el mundo pero el hecho es que simplemente muchos derechos no serán satisfechos. Cuando distintos derechos están en conflicto, como sucede comúnmente, uno tiene que tratar de encontrar alguna solución humana.

En el futuro predecible —y nadie debiera engañar a los desdichados refugiados palestinos al respecto— en el futuro predecible, no va a haber una fuerza en el mundo que obligue a Israel, o siquiera urja a Israel, a aceptar un gran número de refugiados. Si se les obligara —lo que no es imaginable— probablemente harían volar todo el mundo; no hay que olvidar que pueden hacerlo. El general Butler tenía razón; entonces ya no habrá problemas de qué preocuparse.

Así que hay un derecho que en el futuro predecible debiera ser reconocido y que debiera ser tratado de alguna manera humana, pero sin engañar a gente que está sufriendo para que crea que sus derechos van a ser ejercidos a plenitud, porque eso no sucederá. ¿Cómo se puede proceder sobre una base semejante? Se puede tratar de elaborar medios de ajustar los problemas de los refugiados; muchos

de ellos pueden ser traídos a este país. Recuerden que es retorno o compensación lo que propone UN 194. La compensación es una posibilidad. Dadas nuestras responsabilidades y nuestra riqueza, podríamos y debiéramos hacernos cargo fácilmente de la compensación. Eso podría incluir su establecimiento aquí; y supongo que la mayor parte de ellos lo preferiría. Por lo menos debiera dárseles la posibilidad de elegir. En lo que respecta a volver a Israel, debiera ser una opción, pero será limitada.

Pregunta: En *Triángulo Funesto*, en la parte que se refiere a 1983, usted sugirió que EE.UU. e Israel corrían algunos riesgos al tratar a los palestinos de esa manera. Ahora que ha desaparecido la Unión Soviética, ¿corremos algunos riesgos por nuestra mala conducta? ¿Hay algo que, en alguna oportunidad, pudiera provocar un contragolpe violento?

Respuesta: Nunca pensé que la Unión Soviética constituía una disuasión importante. En ese caso, la Unión Soviética se mantuvo entre bastidores. Recuerden que hasta su colapso en 1990, la Unión Soviética compartía la corriente dominante de la opinión internacional al respecto. Se diferenciaba apenas de Europa en las posiciones que adoptaba respecto a una solución diplomática.

De hecho, un documento extremadamente importante de la administración Bush, que les insto a leer, dio una idea del riesgo soviético, cuya importancia debiera haber sido conocida por todos. Cada año, cerca de la primavera, la Casa Blanca presenta al Congreso un plan para el presupuesto militar; eso es lo que quisiéramos que fuera. Usualmente es una perogrullada, la misma historia año tras año. Pero el plan interesante fue el de marzo de 1990. ¿Cómo iban a arreglárselas en marzo de 1990 cuando el pretexto para los cincuenta años pasados se había desvanecido? El muro de Berlín acababa de caer.

Todo el que se interesara por la política exterior o interior de EE.UU., debiera haberlo considerado inmediatamente. Y es muy interesante: en gran parte es lo mismo que antes. Necesitamos un *establishment* militar inmenso; tenemos que mantener lo que se llama la “base industrial de defensa” –que es el nombre de la industria de alta tecnología. Tenemos que tener inmensas fuerzas de intervención apuntando al Medio Oriente, igual que antes; todo igual que antes. Todo lo que ha cambiado es el pretexto. Así que tenemos que tener ese inmenso presupuesto militar, no a causa de los rusos, sino que a causa de –y ahora cito textualmente– “la sofisticación técnica” de los países del Tercer Mundo. Por eso lo necesitamos todo.

En lo que respecta a nuestras fuerzas de intervención, lo que dice es que hay que mantenerlas, apuntando en primer lugar al Oriente Próximo, como antes. Luego viene la frase siguiente: “donde no podíamos culpar al Kremlin por la amenaza a nuestros intereses”. En otras palabras, “perdonen amigos, les hemos estado mintiendo durante cincuenta años, pero tenemos que decirles la verdad ahora porque ya no existe el Kremlin”. Así que la amenaza a nuestros intereses no era la culpa del Kremlin, o de Irak, porque, recuerden, Irak era nuestro aliado en esa

época. La amenaza es la misma de siempre –por fin se ha despejado la nube: el nacionalismo independiente. Algo bastante claro para el uso interno antes, pero algo público ahora. Sí, ésa era la amenaza. La amenaza que representan los palestinos es que ellos provocarían el nacionalismo independiente.

Es perfectamente cierto que mientras haya otra superpotencia, podría perderse el control del asunto. Por ejemplo en 1967, a fines de la guerra, cuando Israel conquistó las Alturas del Golán después del cese del fuego (y contra los deseos de EE.UU.), hubo una amenaza de guerra nuclear. Los rusos estaban furiosos, hubo comunicaciones por el teléfono rojo. Hubo una confrontación entre las flotas en el Mediterráneo oriental. McNamara dijo más tarde “estuvimos muy cerca de la guerra”.

Cuando uno tiene armas nucleares por todos lados, siempre existe la amenaza de una guerra terrible. Eso aún vale. En realidad, tal vez el riesgo es mayor ahora de lo que ha sido antes. Los rusos de hoy en día son probablemente una amenaza mayor de lo que fueron hace 15 años, es decir, una amenaza nuclear mayor. Y les estamos ayudando a que se conviertan en una amenaza mayor. Por ejemplo, la administración Clinton instó a los rusos a que pusieran sus misiles en un estatus de alerta de lanzamiento. Esto significa que los misiles despeguen sobre la base de información electrónica –no de un juicio personal– de que viene un ataque. La razón por la que la administración Clinton lo hizo fue para tratar de lograr que aceptara que EE.UU. debilitara el tratado de ABM con su Defensa Nacional contra Misiles. La idea era: “No se preocupen al respecto –ustedes pueden elevar el estatus de disparo de sus misiles”.

Pero ellos tienen sistemas de comando y control que se deterioran. Lo que sucedió con el submarino Kursk está sucediendo por todas partes. Y lo que les estamos pidiendo es que tomen esos sistemas en vías de deterioro y los usen para determinar cuándo disparar sus misiles con armas nucleares. Es extremadamente peligroso para todos. Y el peligro no solo persiste, probablemente está aumentando. La Defensa Nuclear contra Misiles va a hacerlo aumentar aún más, porque es casi una exigencia que aumenten su capacidad disuasiva. Estos problemas han existido siempre; siempre hay una amenaza de que algo reviente, y entonces será el fin. Fue cierto en aquel entonces y es cierto ahora.

Pero la amenaza inmediata que enfrentan los responsables de formular políticas es la misma de siempre: que las poblaciones de las regiones pueden no aceptar las soluciones que se les imponen, pueden derrocar a sus propios gobiernos, pueden moverse hacia el nacionalismo independiente. Y entonces EE.UU. va a tener que usar la fuerza, si puede; no es tan fácil.

Pregunta: Dos preguntas: ¿Por qué existe la pasividad de la población estadounidense, considerando su alto nivel de alfabetización, y qué pueden hacer los ciudadanos estadounidenses ordinarios para que ambas partes progresen hacia la paz?

Respuesta: Seamos concretos al respecto. Es cierto que hay un nivel bastante alto de alfabetización —yo preferiría que fuera más elevado, pero es razonablemente alto. Pero por otro lado, ¿de qué sirve un alto nivel de alfabetización para descubrir, por ejemplo, que estamos enviando helicópteros de ataque a Israel para atacar concentraciones de civiles? No sirve de nada, porque no se puede leer en ninguna parte, excepto en la literatura disidente que es eficientemente marginada. No sirve de mucho tener una alta tasa de alfabetización si no hay nada que leer. Y esto vale en general. Tomemos el documento que acabo de mencionar, el documento de la administración Bush de marzo de 1990. Está claro que es importante y está allí, es público. Pero la alta tasa de alfabetización no basta para encontrarlo. Uno no lo puede encontrar en la prensa convencional; que yo sepa, no fue siquiera mencionado fuera de la literatura disidente. Y para mirar en otra parte, uno tiene que saber qué es lo que está buscando.

Si uno quiere llegar a ser un físico, por ejemplo, no basta con que haya una tonelada de informaciones. Uno tiene que saber qué es lo que está buscando. Requiere algún entendimiento de cómo funcionan las cosas, y para lograr algún entendimiento se necesita una educación que lo prepare para elegir las cosas que son importantes. Nuestro sistema educacional no lo hace. En realidad hace todo lo contrario: trata de mantenernos libres de semejantes pensamientos peligrosos y a menudo lo logra. Por ese motivo no prestamos atención a cosas como los medios fáciles de terminar con los abusos contra los derechos humanos. La forma más fácil, por cierto, es dejar de cometerlos. Debiera ser algo trivial. Así que una preocupación fundamental de aquellos que están comprometidos con los derechos humanos debiera ser preguntarse ¿qué estamos haciendo que dañe los derechos humanos? Dejemos de hacerlo.

Pero las cosas no funcionan de esa manera. No en las escuelas y colegios, los medios, la cultura intelectual en general. Uno podría incluso decir, sin exagerar mucho, que su tarea es impedir que se convierta en una preocupación. Es el motivo exacto por el cual hay un enfoque inmenso en la intervención humanitaria y los dilemas cuando algún otro hace algo malo, pero virtualmente nada sobre terminar con la participación en los crímenes cuando nosotros los estamos cometiendo. Está bien: es una generalización. Significa que lo que hay que hacer es pasar de la alfabetización, que es un requisito previo, a la comprensión, que requiere organización y educación y todas las cosas que un activista conoce. Vale para todos los casos.

¿Qué podemos hacer en cuanto a la paz en el Medio Oriente? Muchas cosas. Por ejemplo, una cosa que podemos hacer es dejar de obstaculizarla. Sería un buen comienzo. Después de dejar de impedirla y de haber llegado tan lejos, podemos preguntar por pasos constructivos. Pienso que hay algunos, por ejemplo, los que fueron discutidos hace un momento.

Pregunta: Parece que su conferencia podría ser mejor sobre “las perspectivas del fascismo en el Oriente Próximo”. Un cuadro muy lóbrego. ¿Ve usted algunas fuerzas independientes en la sociedad israelí –el movimiento femenino, los intelectuales, los trabajadores, la sociedad popular palestina– que puedan organizar una resistencia contra lo que sucede con esta política global? O en Estados Unidos, ¿qué considera usted un camino para los movimientos que hay por todas partes, pero que parecen bastante desenfocados, incluyendo algún enfoque sobre cómo opera la política de EE.UU. y cómo puede mobilizarse una oposición?

Respuesta: Pienso que la última parte de la pregunta es la importante. Seguro que hay toda clase de cosas positivas que están sucediendo hacia donde usted mire: Israel, Palestina, toda clase de sitios. Pero no podemos hacer gran cosa al respecto. Pero es mucho lo que podemos hacer respecto a lo que sucede aquí; sí, podemos hacer mucho. La mayoría de la población estadounidense ha apoyado siempre algo como una solución de dos Estados. La mayor parte de la población está contra el envío de ayuda militar a Israel y se opondría en forma abrumadora si supiera lo que se está haciendo. Son cosas que están dentro de nuestro alcance.

Y sobre los “movimientos desenfocados”, no sé mucho respecto a eso. Pienso que hay mucha energía y activismo en Estados Unidos y otros países enfocados hacia toda clase de cosas. ¿Están enfocados hacia esto? No. Pero hay una cosa respecto a la cual podemos hacer algo: a principios de los años 60 podríamos haber preguntado lo mismo sobre la Guerra de Vietnam. ¿Cómo es que nadie está enfocado hacia esta situación, cuando estamos bombardeando a otro país, poniendo a inmensas cantidades de gente en campos de concentración, destruyendo sus suministros de alimentos para controlarlos y una larga serie de otras atrocidades? Bien, *okey*, hagamos algo al respecto. Pero no hay secretos. Sabemos lo que hay que hacer. No va a suceder si nos limitamos a contemplarlo.

ABSTRACT

The author criticizes U.S.A. support of dictatorships in the Middle East that serve American oil interests in the region. In the seventies and eighties, massive military aid was provided to Iraq in its war against Iran and the Kurds. As the invasion of Kuwait was contrary to U.S.A. interests, the first Gulf War ensued, followed by sanctions that lasted ten years, causing enormous suffering and material loss to Iraq and its people. Turkey's devastating offensive against the Kurds was possible thanks to massive arms supplies provided by the U.S.A. Economic, political and military backing of Israel by America is unconditional, in spite of repeated U.N. Security Council Resolutions that are ignored by both countries.